

BRAD MEHLDAU EN MADRID. IMPRESIONES DE UN CONCIERTO DE REFERENCIA

Escrito por DANIEL LOPEZ FIDALGO

Sábado, 16 de Noviembre de 2013 08:05 - Actualizado Lunes, 14 de Abril de 2014 08:21



BRAD MEHLDAU EN MADRID. photo (c) MichelWilson Under permission International Music Network

Como abandonando su cuerpo aparece Brad Mehldau, circunspecto, concediendo saludos corteses pero desprovistos de adorno, ascéticos, casi místicos, como una portada de un disco de ECM. Se inclina sobre el teclado perdiendo la verticalidad, y comienza a contarle al Steinway todo lo que parece llevar dentro. Las capacidades de Mehldau son arrogantes, somete al piano a su absoluta voluntad domando sus reticencias hasta convertirlas en pleitesía.

BRAD MEHLDAU EN MADRID. IMPRESIONES DE UN CONCIERTO DE REFERENCIA

Escrito por DANIEL LOPEZ FIDALGO

Sábado, 16 de Noviembre de 2013 08:05 - Actualizado Lunes, 14 de Abril de 2014 08:21

Puede acariciar el marfil y someterlo duramente, sin piedad, con la seguridad de que nada se interpondrá entre su cerebro y el sonido. Acomete las piezas sin solución de continuidad, como enlazando unas con otras tratando de evitar el aplauso que tímidamente parece rehusar, como en una humildad bruñida al fuego de la música y sólo de la música. Ésta su alimento, nada más. Tras un ligero acomodo, que descompondrá casi en el acto, recompone su estética por un segundo para dejar de erguirse y convertirse, de hecho, en un ser musical que sólo procesa datos, que en una especie de sinapsis metafísica permite la transmisión de órdenes de su cerebro a sus manos con una velocidad prodigiosa, alterando el concepto último y cuestionando la nomenclatura musical, menospreciando la semifusa.

Prefiere no levantarse, no marcharse, no volver, tan sólo parece querer estar. Estar aquí y ahora, en un trance que no debe ser alterado por nada ni por nadie, ni siquiera por él mismo. Rehúye el contacto, siquiera visual con el entorno, al que en ése preciso momento desprecia, como se desprecia a un perro que ladra en el vecindario, aunque después se le regale una caricia, como hacía el cruel personaje de Thomas Mann.

Puede conseguir la delicadeza extrema, y al tiempo conciliar un terremoto con su mano izquierda hasta hacer de su instrumento mil instrumentos, llenar de sonido el infinito para detenerlo, degradarlo y someterlo de nuevo a los dictados de la mano derecha. Todo esto y mucho más hizo Brad Mehldau el pasado domingo en Madrid, hemos pensado que debíamos contarlo.